

La vendedora de sueños

Lidia Castellanos

Cuando las drogas son vistas como causa de todos los males, conviene recordar que fue gracias a la labor de María Sabina y sus hongos alucinógenos que se logró encontrar un alcaloide mejor que la mezcalina para aliviar la demencia. Sin ella, sin esa mujer mazateca, que vivió 83 años en la más absoluta miseria, aquel descubrimiento hecho por Gordon Wasson y su esposa Valentina Petrovna hubiese sido simplemente imposible.

El reportaje que aquí se reproduce, originalmente publicado en el mes de septiembre de 1961 en Universidad de México, cuenta ese afortunado encuentro entre la sabiduría tradicional y el conocimiento académico. Sobre este particular conviene destacar los caminos por los que se dio ese encuentro. Al parecer fue el escritor Robert Graves, quien mantenía correspondencia con aquel matrimonio desde 1949, el que les informó de la existencia de un texto sobre el culto a los hongos en el pueblo de Huautla de Jiménez, cuyo autor era el etnobotánico Richard Evans Schults. Al parecer este hecho se dio paralelamente a lo que Lidia Castellanos cuenta con detalle en este reportaje. Comoquiera que sea, lo interesante es precisamente el diálogo que llevó a los científicos con María Sabina.

Este reportaje también ofrece un retrato interesante sobre María Sabina. Al registrar sus opiniones emerge todo un mundo cuyas raíces, en efecto, son anteriores a la llegada de los españoles. Pero una lectura atenta encontrará esa mezcla de conocimientos y creencias que surgió a lo largo de tres siglos de mestizaje. María Sabina, puente entre mundos, síntesis de conocimientos disímiles. La María Sabina que hoy tal vez sería perseguida por consumir sustancias que alteran la conciencia. María Sabina, la que con su vida misma enseñó ese caminar ligero que tanto buscaron otros en la carne de Dios, como la llaman todavía hasta hoy los curanderos que consumen hongos para curar.

Sa-Bí es el nombre mazateco de María Sabina, la curandera que ha llegado a ser famosa gracias a los estudios por los micólogos Gordon Wasson y Roger J. E. M. acerca de los hongos alucinógenos de Huautla de Jiménez.

Las primeras fotografías de María Sabina fueron publicadas en una edición de *Life* (1953) por el propio Wasson. A partir de esa fecha su imagen ha recorrido el mundo entero en revistas científicas, proyecciones, cubiertas de discos y en dos magníficos libros publicados en inglés y francés, y cuyos ejemplares se venden a precios prohibitivos en el mercado.

El nombre de María Sabina va unido a los hongos alucinógenos, porque ella ha colaborado en la medida de sus posibilida-

des a uno de los descubrimientos de mayor importancia en el campo de la medicina. No fue cosa fácil convencerla para que trabajara, en una forma que diríamos pública, porque estas ceremonias son absolutamente privadas y se efectúan en secreto debido al carácter místico que encierran.

La costumbre de tomar los hongos alucinógenos, entre los mexicanos, es antiquísima, data de tiempos prehispánicos, pero por razones desconocidas parece desaparecer en tiempo de la Colonia.

Al ingeniero y antropólogo Roberto J. Waitlaner se debe el redescubrimiento de los hongos alucinógenos. Hace más de 20 años, cuando él vivía en esta villa serrana, se enteró por casualidad, por boca

de un comerciante huasteco, de que los brujos utilizaban los hongos para adivinar y curar las enfermedades. Después de hacer algunas investigaciones por su cuenta, con gran sorpresa suya comprobó que todavía se practicaba esta costumbre antiquísima. Comunicó su hallazgo al botánico mexicano Blas Pablo Reko, al cual le envió algunos ejemplares. Se iniciaron algunos estudios y se hicieron algunas publicaciones, pero debido al fallecimiento del ilustre botánico fueron suspendidas las investigaciones.

Gordon Wasson, en compañía de su esposa, la doctora Valentina Petrovna, se enteraron de la existencia de los hongos alucinógenos y llegaron por primera vez a Huautla en el año de 1953, acompañados del propio Waitlaner.

Hubo la feliz coincidencia de que Waitlaner conociera con anterioridad a la profesora Herlinda Martínez y fueron a verla, presintiendo que ella sería una activa colaboradora. Le explicaron el objeto de su viaje y le pidieron que los introdujera con la gente de su pueblo, especialmente con los curanderos. Fue así como la señorita Herlinda, fina y bondadosa mujer, empezó a realizar una labor de convencimiento entre sus propios paisanos. Un día se dirigió al cerro Fortín; en lo más elevado vivía María Sabina. Después de explicarle a su manera el objetivo de su visita y vencer la desconfianza propia de las personas que se dedican a estos trabajos, pudo convencerla para que actuara en una ceremonia ritual de los hongos alucinógenos. La primera barrera se había franqueado, y una noche de ese mes de agosto, Gordon Wasson y

Valentina Petrovna pudieron asistir a uno de esos actos mágicos y comer ellos mismos los hongos.

A partir de esta fecha de 1953, año con año llegaba Wasson a Huautla acompañada de otras personas y llevando en su equipaje modernos aparatos de grabación, cámaras fotográficas y el dinero suficiente para comprar todos los hongos necesarios y enviar los mejores ejemplares a los laboratorios de París, adonde el ilustre micólogo Roger IM se dedicaba con verdadero interés científico al estudio de estos extraños y misteriosos seres. Buscaban el alcaloide que producía las alucinaciones.

Los tres últimos años, la ciudad de Huautla se vio honrada con la visita del ilustre biólogo francés, que recorrió en compañía de Wasson gran parte de la sierra mazateca, la región chatina y la mixe en busca de los hongos y de otras plantas, también alucinógenas, como la semilla de la Virgen y la hierba de la Pastora. Como es sabido al fin se logró aislar el principio activo del hongo alucinógeno. Al fin se tenía un nuevo alcaloide, mejor que la mezcalina, que ayudara a aliviar uno de los males más terribles de la humanidad: la demencia.

María Sabina siempre estuvo dispuesta a colaborar con Wasson cuantas veces se le pidió que lo hiciera. Quizá sin la colaboración de esta humilde mujer, a Gordon Wasson se le hubiera hecho casi imposible penetrar en los secretos de la magia mazateca. Con ayuda de María Sabina y Herlinda Martínez, llevó a feliz término sus investigaciones y atrajo sobre sí la fama y el reconocimiento general.

María Sabina tiene actualmente 59 años, que no representa. Su trato es afable; la voz suave y musical; la mirada penetrante y viva. Nunca da una respuesta sin haber entendido muy bien la pregunta. Se queda algunos segundos pensativa y al fin responde clara y sencillamente. Viste a la usanza de su pueblo: huipil y falda de enredo. Sus pies descalzos están acostumbrados a las asperezas de todos los caminos. A veces, cuando el frío es intenso, mira sus pies desnudos llenos de barro y espera algún día



tener unos zapatos. Su porte es digno y recatado, al moverse y caminar lo hace como un felino. Habla únicamente su idioma mazateco: en él conversa, reza, e invoca a los espíritus de los cerros y de los santos, canta en las ceremonias rituales, y adivina el futuro en la llama del copal y de las velas. En este mismo idioma reprende a sus nietos y los arrulla en su regazo.

Pedimos a María Sabina que nos cuente cómo empezó a tomar los hongos. Se nos queda mirando unos momentos y en voz muy baja nos dice:

Tenía seis años cuando un tío mío se enfermó. Buscaron a un curandero para que lo recetara. Aunque estaba muy chica me di cuenta de que mi tío comió los hongos. Después vi que se puso muy contento, hablaba solo y se reía. Por último se quedó dormido y a los pocos días se alivió. Esto se me quedó muy grabado. Mi madre acostumbraba dejarnos solas a mi hermanita más pequeña y a mí, porque se iba a trabajar. Éramos muy pobres y tenía que darnos de comer. Nos quedábamos con mi tía, pero mi tía era muy mala, no nos daba de almorzar temprano y nos escondía el café y las tortillas. A veces nos íbamos con el estómago vacío al campo con los animales. Un día estábamos en la milpa cuidando los pollos cuando encontramos los hongos y los quisimos probar, recordando al tío que se había puesto contento. Los comimos, de pronto nos sentimos mareados y empezamos a llorar, pero el malestar pasó y nos pusimos muy contentas. Desde entonces, cuando sentíamos hambre, comíamos los hongos para calmarla y para pedirle a Dios que nos quitara de sufrir. Así nos acostumbramos a ellos.

Cambiando el tema le preguntamos a María Sabina si cree en el amor y si ha sido feliz en sus matrimonios.

“Sí creo —nos contesta seriamente—. Me casé por primera vez a la edad de 14 años. De acuerdo con nuestras costumbres no conocí a mi esposo hasta el día del matrimonio. Mis parientes arreglaron la

boda sin consultarme. Sin embargo, quise mucho a mi esposo.”

“¿Y seguiste comiendo los hongos después de casada?”

“No porque las creencias indican que la persona que los toma, no debe tener tratos con los hombres.”

“¿A qué se dedicaba tu esposo?”

“Él sabía leer y escribir –nos dice con orgullo– y se dedicaba a comerciar con hilaza roja y negra, la que sirve para bordar nuestros huipiles. Después de seis años de matrimonio, se murió y me dejó tres hijos. Quedé muy enferma. Llamé a un brujo para que me curara, pero no me hizo nada. Decidí, entonces, volver a comer los hongos. Esta vez me tomé 30 pares. Me puse muy mala porque eran muchos, pero me alivié, y los mismos hongos me dijeron que tenía que adorar a Dios de esta manera. También pude ver la enfermedad que padecía mi hermana y la pude curar.”

“¿Y desde entonces te dedicaste a curar con los hongos?”

“No, porque al poco tiempo me volví a casar. Con mi segundo esposo viví 13 años y tuve seis hijos. También lo quise mucho, pero él tuvo otra mujer y esto fue causa de disgustos entre nosotros. Los hijos de la otra señora, que era casada, tuvieron un disgusto con él y lo hirieron; vino a morir a mi lado. Quedé sola nuevamente y no me he vuelto a casar. Desde entonces me dedico a curar con los hongos.”

Cuando le preguntamos que si lo hace por necesidad, nos contesta:

“La gente se ha dado cuenta de que puedo curar y me busca. Yo no puedo negarme.”

“¿Has sido feliz en tu vida, María Sabina?”

“No, siempre he sufrido mucho. Mi primer esposo murió de repente dejándome pobre y enferma. Al segundo lo mataron, y a mi hijo Aurelio, el mayor, con el que vivía y me ayudaba, también lo mataron en una cantina.”

Actualmente María Sabina vive con sus nietos, con los que comparte frugal alimento. No es raro verla en las casa adonde va a trabajar acompañada de alguno de ellos. Ella dice que la cuidan de las malas influen-



cias. En la época de lluvias, cuando hay hongos, trabaja dos o tres noches a la semana. También trabaja en el campo y hace todos los quehaceres de la casa. La ilusión más grande de su vida es tener una tiendita donde pueda vender jabón, cigarrillos, refrescos y algunas otras cosas, porque ya está cansada de trabajar como lo ha hecho hasta ahora.

Tenemos curiosidad por saber qué piensa acerca de los estudios que se han hecho sobre los hongos. Ella está acostumbrada

a las cámaras de cine, al *flash*, aparatos de grabación que al principio veía con temor y después con curiosidad. Recordamos el día que por primera vez oyó su voz grabada en una cinta. Se quedó quieta, muy seria, con los audífonos colocados en los oídos. Conforme se fue dando cuenta de que era ella misma, se fue poniendo contenta y empezó a reírse tapándose la boca con las manos. Los ojos le brillaban por el gusto y la sorpresa, y al fin no aguantó más y estalló gritando en mazateco: “¡Ésa soy yo! ¡Ésa soy yo!”

Le preguntamos qué piensa de todo esto y nos contesta muy seria:

“Mis paisanos me han dicho que los extranjeros que han venido son como los meros demonios, que quizá no conocen a Dios y quieren sacarnos todos los secretos para ponerse en contacto con Él. Pero yo les contesto que eso no puede ser, que a lo mejor nosotros somos menos cristianos que ellos y que no vienen para hacer algún atropello a la humanidad; al contrario, creo que es para ayudarla.”

Nos sorprende su respuesta al ver cómo ha interpretado, a su manera, uno de los acontecimientos más importantes de la medicina. Ya en otras ocasiones la hemos tenido con otros curanderos, pues éstos la han acusado de revelar los secretos de su pueblo. A pesar de todo ha seguido una sola línea, la que cree justa, porque piensa que colaborando con los hombres de ciencia cumple con un deber de humanidad.

Nos despedimos de María Sabina, de su choza de madera y palma. Salimos de su casa y desde lo más alto del Fortín vemos a Huautla envuelta en niebla.

“Dale, María Sabina, Stalangáa.” (Buenas tardes. Hasta luego.)

Iniciamos el camino de regreso. Bajamos deprisa porque hace frío en estas grandes alturas. ★